

SUPLEMENTO DE ESTILO Y
DECORACION DE PAGINA/12.
SABADO 17 DE MARZO DE 2007.
AÑO 9. Nº 421

Un proyecto social de diseño, una cultura indígena y una colección que rescata aspectos tradicionales, impulsa creaciones y arma una estructura viable

Un parque en la Casa Amarilla

POR MATIAS GIGLI

La necesidad de un parque en La Boca viene siendo una de las reivindicaciones más importantes de la ciudad en los últimos tiempos. El problema es que existe un proyecto de levantar viviendas de interés social en los terrenos de Casa Amarilla, y los vecinos están por refuncionalizar los espacios públicos y resolver el problema habitacional de otro modo: reconstruir las viviendas de la zona que están en estado deplorable y utilizar lotes vacantes con nuevos proyectos como forma de solucionar este déficit.

Si hay algo que caracteriza a La Boca es la cantidad de organizaciones barriales y vecinales preocupadas por su parte de ciudad, por lo que no extraña que hace tres años se levantaran 17 mil firmas solicitando que se construya un parque de casi 4 hectáreas. Esta movida, impulsada desde su inicio por la Comisión de Vecinos de la calle Irala y Adyacencias, consiguió que desde la Legislatura se los escuchara y les hicieran caso. El parque es una realidad y, a pesar de que sólo se trata de un pequeño sector de Casa Amarilla, el proyecto quedó lindo.



El parque de Flora Nativa contó en su etapa de proyecto con una interesante instancia participativa, inédita en la ciudad, y acaba de ganar una Mención de Honor en la primera Premiación Internacional de Arquitectura Paisajista organizada por la Asociación Brasileña de Arquitectos Paisajistas. El proyecto se organiza en torno de senderos curvos y de dos centros, y fue parquizado con flora nativa de la biota rioplatense. Estas especies son mucho menos conocidas de lo que se podría imaginar e incluyen árboles como anacahuita, sauce criollo, pata de vaca, curupí, bugre, ceibo, ingá, tarumá y timbó.

Este parque se encuentra casi al lado de la cancha de Boca y cuenta con un pequeño lago, una fuente de juegos de agua, pérgolas con enredaderas, áreas de juegos infantiles, sanitarios, cancha de fútbol. La idea es que esta flora autóctona sea atractiva para los pájaros y mariposas. Se encuentra ubicado sobre la calle Irala entre Pi Margall y Aristóbulo del Valle. El proyecto se realizó desde la Corporación Buenos Aires Sur, el Ministerio de Medio Ambiente porteño y el CGP Nº 3 de la ciudad, y el equipo que materializó la propuesta estuvo conducido por Fabio Márquez.

Sería bueno que esta estimulante noticia ayudara a seguir renovando el barrio que, a pesar de ser visitado por cuanto turista venga a Buenos Aires, sigue en estado crítico. De hecho, por otra movida popular se declaró por ley un estado de emergencia urbano ambiental de este sector de la ciudad. Felicitaciones por el premio, y a no dormirse en los laureles.

POR LUJAN CAMBARIERE

La mayoría de los artesanos en nuestro país suele estar en una situación vulnerable, poco reconocidos y pobres. Los de los pueblos originarios suelen ser doblemente marginados, despojados y pobres. Paradójicamente, hoy el mundo global pide a gritos el preciado don de la identidad que ellos ostentan. Y es justo ahí donde entra como puente el diseño entendido como herramienta de inclusión social. De esto dio cuenta un evento de justo hace una semana en Comodoro Rivadavia. El 10 de marzo se presentó en el club Ingeniero Huergo la colección *Chubut* del Programa Identidades Productivas de la Secretaría de Cultura de la Nación que propone, entre otras cosas, aumentar la calidad y cantidad de productos artesanales para reconstituir el tejido socio-productivo de la provincia.

Por supuesto hubo muestra y desfile, como se impone en estas ocasiones, aunque lo demás no tuvo nada de convencional. Desde muy temprano llegaron los más de 200 artesanos que participaron del evento de las cuatro comarcas: Esquel, Trelew, Puerto Madryn y Comodoro, y de localidades bien apartadas como Lago Puelo o Lago Rosario. Sus caras demostraban ansiedad y cansancio. A pesar de estar en la misma provincia, muchos habían viajado más de ocho horas. Nada empañaba la emoción y la fuerza de esos abrazos. Entre ellos, compañeros de aventura de más de un año a través de los diez seminarios de capacitación y dos encuentros mancomunados. Y con los profesores del equipo capitaneado por la creadora del programa, Cintia Vietto, y los docentes del grupo Cultura y Diseño de la Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Diseño de la Universidad Nacional de Mar del Plata. La dupla formada por dos madrazas –Marta Rueda y Marina Porrúa– y ex alumnos ahora profesionales –Cris Moyano, Lucía Ducombs, Hernán De Fillipis y Marco Bernich– con una enorme vocación social. Prendas, tejidos, platería, objetos. Cada uno que llegaba iba sacando de sus bolsos las ofrendas. La colección ya estaba completa, pero el impulso creador y productivo que les había dado el curso estaba disparado.

Los mapuches tienen la palabra

"Mapu" significa tierra y "che" gente, con lo que pocos como ellos para hablar de integración con la natura-





Un ar



Transferir diseño

"Muchos piensan que la creatividad es una iluminación individual. Nosotros creemos que se construye, porque diseño no es invención sino descubrimiento. Así aprenden el concepto de colección, de serie, cómo funciona el mercado", explica Porrúa. "Al retomar la evolución, asociando lo ancestral con lo contemporáneo. Así al mapuche se le abrió un campo de acción muy grande y reedituable. El dibujo se mantiene y respeta, pero se mixtura o achica para permitirles más rapidez al tejer sin perder identidad. Todo mediante ejercicios y juegos, con respeto. Nosotros queremos interactuar, no imponer, ni romper con nada", rematan Rueda y Porrúa.

leza, trabajo colectivo, identidad y sustentabilidad. El movimiento del Comercio Justo, que hoy da respuestas concretas a su problemática (y no sólo teoría para un problema "sobrediagnosticado", como afirma la especialista en justicia indígena Silvina Ramírez), habla básicamente de condiciones de trabajo dignas, igualdad entre el hombre y la mujer, respeto al medio ambiente y a los valores culturales y comunitarios. De este lado del planeta tienen en ellos a sus mejores representantes desde tiempos inmemoriales. Y fue cruzar las primeras palabras para comprobarlo.

Luisa Jaramillo es mapuche, tiene 64 años y la dureza de su vida hace que aparente más. Desde 1970 vive en Esquel para que sus diez hijos puedan ir a la escuela. Esa que a ella se le mezquinó por vivir "allá donde ni los pájaros llegan". Cuando habla con esa poética, uno recuerda que su lengua, el mapundungun, es solamente oral, mientras ella se apresura a aclarar que no sabe leer ni escribir. Aprendió el telar de su tía. "Empecé a la edad de 4 años, cuando uno ya puede hacer alguna cosita. Empezamos por torcer hilo, que es el primer trabajo. Un poquito más grande ya comenzamos a hilar y a los ocho al telar. Con eso crié a mis hijos. Ahora dicen que hay pobreza. Hoy venía pensando que nosotras no conocimos ni un peine. Mi abuela sacaba las raíces de la uña de gato y con eso nos peinaba." Y ahí de vuelta al tejido: "La tía nos decía qué colores usar. Y todo el tiempo repetía que nosotras lamentablemente nacimos mujeres, nunca vamos a tener la fuerza que tiene un hombre, pero Dios nos dejó las manos. Nos dejó el *longko* (la cabeza), nos dejó el *rakiduam* (pensamiento) y nos dejó el *piuke* (corazón). A mí eso se me quedó grabado. Entonces cuando se quebró mi marido, salí adelante sola. No tenía con qué hacer las tinturas y escribía en blanco y negro". Es una bella metáfora: las mapuches escriben a través de sus telares. Sus tejidos hablan, por eso son tan importantes.

Enseguida llega su hermana Rosa-





mor en Patagonia

En el marco del Programa Identidades Productivas, esta semana se presentó en Comodoro Rivadavia la colección *Chubut*. Es un proyecto que se propone dar voz y equidad a los artesanos y, doblemente relegados, a los artesanos mapuches y tehuelches. Y lo hace por medio del diseño.

lía Napaiman, de Lago Rosario, pequeña colonia ubicada en Trevelin. Y se empiezan a evaporar mitos varios. Todas querían hacer el curso, todas querían saber sobre el diseño, sobre todo para ser ellas las que transmitan su cultura. "El año pasado me dio mucha pena. Viene mi hijo de Bariloche y me trae una remera. La misma labor que yo le hice a una señora de Buenos Aires allí estampada. Ahora van con una maquinita y sacan todo. Nos copian de la peor manera. Yo ya tengo 64 años, pero van a quedar mis nietos, mis raíces y, ¿qué va a pasar con eso?", explica Luisa.

Al rato se suma Margarita Prane, de Boquete Nahuel Pan, a unos 30 km al norte de Lago Rosario, donde su padre perdió mucha familia en los desalojos y aún lucha a los 87 años por recuperar sus tierras. Digna hija, Margarita llega munida de actas que dan cuenta de los más crueles atropellos. "Yo no he desarrollado la artesanía como medio de vida sino para preservar mi identidad", dice. Por esa misma identidad, que a Rosalía la hizo ser cruelmente rechazada y ahora le sirve para recapacitar: "Yo ahora necesito hablar aborigen. Antes lo mezquinaba para mí. Es que cuando llegué a la escuela no sabía saludar. Yo entraba y decía: '*Mari Mari*' (buen día) y todos los *huincas* (blancos) se reían. La directora nos agarraba de las orejas y nos ponía en fila en el maíz hasta que supiéramos decir 'Buen día'. Entonces yo empecé a sentir vergüenza por mi lengua y ahí estaba: 'Buen día, buen día, buen día'. Cuando lo aprendí, canté victoria. Y mi abuelo, que me escuchaba, decía: 'Algún día van a necesitar hablar aborigen, van a querer y si no saben, van a ser igual que mudos'. Cuánta razón tenía."

"A nosotros nos quitaron todo –sigue Rosalía–, por eso uno entra con mucho temor al grupo pensando: '¿Y ahora esta huinca qué nos va a venir a robar?'. Y hoy estamos triunfando juntas. Por eso me encuentro más que contenta." ¿Y el diseño? "Imagínese, yo tejiendo un matrón grandote para mi rancho que es petiso. Y ahora pienso por qué no agarré y pedí tela y le pongo sólo una guarda y hago la cortina. Eso es diseño."

¿Se respetó su tradición? "Fue un tema –cuenta Margarita–, porque veíamos que algunos compañeros desarmaban nuestros dibujos, dejándolos sin significado. Lo charlamos mucho y pensamos: 'Si no lo decimos, ¿cómo van a saber ellos?'. Y finalmente lo explicamos." ¿Saben lo que es el Comercio Justo? "No, pero suena lindo. Y justo. Porque yo a mi trabajo lo tengo que hacer valorar, porque me cuesta mucho. A las niñas les digo que para saber valorar deben empezar de abajo: hilando, torciendo, lavando la lana", remata Luisa.

Maestros artesanos

Los varones, entre tanta mujer, merecen un capítulo aparte. Rogelio Castellán, platero de Puerto Madryn, llegó con su mujer y encantadora vocera, Marta, aclarando con orgullo que hoy tienen el lujo de vivir de lo que hace. Hacía platería tradicional mapuche y tehuelche que copiaba de libros, pero con el tiempo comenzó a intervenirlas y a crear "piezas de reminiscencia indígena con sentido modernista". Para esta colección hizo piezas realmente bellas: todo tipo de tupus para los tejidos y collares y pectorales, fusionando alpaca y plata con lana. "Yo estuve en los dos extremos y hoy se lleva más la evolución. Así se transmite mejor la cultura, si no, queda. Por eso el curso fue maravilloso. Porque nosotros no somos perfectos. El artesano, como todo creador, suele ser bastante egocéntrico y egoísta. Y esta experiencia nos permitió abrir los ojos e ir más allá de nuestra individualidad."

Alberto Herczog, eximio carpintero de Rada Tilly, coincide. El hacía muebles de tronco de ciprés y radal. En las primeras etapas del curso estaba perdido entre tanta mujer y telar. "Pero las profes me tocaron el amor propio y como en el séptimo encuentro volví al taller y empecé a trabajar." Se le ocurrió hacer suelas. Enseguida, las chicas del grupo se peleaban por ofrecerle todo tipo de capelladas tejidas. Hoy, además de la colección compartida, Alberto es uno de los que ostenta marca propia de zapatos. "Le pusimos Yamai, que significa encuentro", detalla.

También hubo mates, lámparas de madera inspiradas en guardas y originales piezas en cerámica combinadas con macramé, realizados por otro varón, de profesión cocinero y artesano por vocación, Manuel Idalgo. El teje macramé como los dioses desde los cinco años. "Los artesanos somos orgullosos, pero inseguros. Yo hasta ahora no vendía ni mostraba lo que hago. Ojalá hubiera tenido este curso a los 20 años", cuenta emocionado.

Casual o no, el Nguillatun, la ceremonia mapuche por excelencia, coincide con esta época. Rogativa donde le piden a Nguenechén (dios del bien) fertilidad. Fines de febrero, principios de marzo, igual que este proyecto que los tiene como protagonistas y donde tampoco faltaron el kultrún (instrumento musical, pero aquí en forma de accesorios y objetos), ni la sabiduría ancestral. Ojalá sea señal de buenos augurios y sea el puntapié inicial de un cambio que no puede esperar.

Este artículo es parte del proyecto de la autora que ganó las Becas Avina de Investigación Periodística. La Fundación Avina no asume responsabilidad por los conceptos, opiniones y otros aspectos de su contenido.



La identidad como argumento

La colección *Chubut* se centra en seis líneas. Tres toman el paisaje natural: Mar, Montaña y Meseta. Mientras que las otras se inspiran en el paisaje histórico-cultural, rescatando la simbología indígena en Mapuche, la paleontología en Pétrea y la multiculturalidad provincial en Cosmopolita. Repertorio de signos, colores, formas y texturas que se transfieren y materializan en más de 1500 prototipos con las técnicas del lugar: tejido, orfebrería y telar. Y en menor medida carpintería, cerámica y vidrio. "La línea Mar sobresale del resto por su colorido. Hay azules, verdes y turquesas, puro contraste con la tierra. Ropa asociada al movimiento de las olas, el viento", adelanta Porrúa. "Hay tejido en telar, a dos agujas, crochet, macramé, cuero de oveja. Y también confección industrial como estampados, sublimados y decolorados", cuenta Rueda. Montaña y Meseta forman un continuo que se va derramando de lo más verde al marrón. Allí es donde se manifiesta parte de la transferencia mapuche, en muchos casos resignificando a través de tejidos con telar hechos con lycra o polar. También tejiendo directamente el vellón sin hilar para lograr el efecto nieve o sublimándolo con tintes especiales, apartándose de la paleta tradicional del blanco, negro y rojo. La Pétrea aborda lo fósil, el petróleo, las huellas, la corrosión del terreno, mediante mucho jean tratado y algodones estampados.





El conjunto escultórico, la cabeza de Dante, la caja con la cápsula del tiempo y uno de los diarios que contenía. Fue dejada hacia 1910 por el autor de las figuras, un alemán que llegó al país a los veintidós años.

La caja de Dante

La restauración de la basílica de San Francisco deparó una sorpresa: dentro de la cabeza de una de las figuras en la fachada había una cápsula del tiempo, con carta, monedas y diarios.





Fünfundfünfzigster Jahrgang. 1908.

Telephon-Ruf:

Nr. 153

Los arquitectos y escultores Francisco Ezcurra y Marcelo Leguizamón, que tan bien intervinieron en la restauración de la catedral de San Isidro, están trabajando en la restauración de esa belleza tan maltratada, la basílica de San Francisco. Más específicamente, comenzaron por el grupo escultórico que remata la fachada, justo entre las torres. Y se encontraron con una sorpresa: la cabeza de una de las figuras contenía una cápsula del tiempo colocada hace casi un siglo por el autor del conjunto.

La iglesia de San Francisco fue de las coloniales y cambió drásticamente su aspecto a principios del siglo XX, cuando casi todas las iglesias viejas fueron "europeizadas" en el proceso de acabar con la Buenos Aires hispánica. Los franciscanos fueron la primera orden porteña y llegaron en 1583 al rancherío de Juan de Garay, con lo que recibieron su manzana pareja en lo que luego sería Alsina, Defensa, Moreno y Balcarce. Su primera capilla fue construida como se pudo a principios del 1600 y en 1731 se comenzó a construir un templo mayor, creado por el jesuita Andrés Blanqui, un arquitecto que nos dejó varias obras recordables.

El templo se inauguró en 1754 y en 1807 tuvo un problema bastante típico de la época, un derrumbe de su fachada. Tomás Toribio la reconstruyó y la basílica, ya acompañada de su capilla de San Roque y con su famoso atrio, fue uno de los referentes del espacio urbano de la ciudad. Tanto que cuando Lavalle tumbó a Dorrego realizó una suerte de asamblea en ese atrio y fue electo gobernador.

En 1911 se inauguró el templo "nuevo", completamente remodelado en un barroco de estilo bávaro, preciosista y muy elegante, firmado por el alemán Ernest Sackman. Del templo español sólo quedaron un altar y objetos sueltos, varios de los cuales se perdieron en la quema de las iglesias en 1955 (San Francisco y San Roque fueron objeto de particular saña).

Como sabe cualquiera que pase por la esquina de Defensa y Alsina, que también aloja al museo de la ciudad y las alicaídas casas de la familia Ezcurra, el templo de Sackman tiene la profusión ornamental esperable en un edificio barroco. El remate de la fachada contiene un grupo escultórico de cuatro figuras: el santo Francisco es flanqueado por Dante Alighieri, por el pintor Giotto y, arrodillado ante él, Cristóbal Colón. ¿Por qué este elenco? Porque los tres personajes eran hermanos de las órdenes menores de San Francisco.

Las esculturas fueron creadas en Buenos Aires por otro alemán, el artista Antonio Voegele, que llegó muy jovencito a estas costas y se quedó, eventualmente con estudio propio y socios italianos y criollos. Voegele modeló las figuras hacia 1910 en su atelier y el conjunto fue izado e instalado al terminar las obras de remodelación de la basílica. Según Ezcurra, es notable la mano profesional de Voegele: las esculturas son de primer nivel.

El estudio Leguizamón Ezcurra participa del trabajo en la iglesia, que es parte de un master plan creado por el arquitecto Gustavo García y que propone restaurar por etapas el claustro y la basílica, y abrir un centro cultural que integre el museo de arte sacro, el archivo y la biblioteca del convento.

La gran sorpresa fue que al intervenir la figura del Dante, apareció en el interior de la cabeza una cápsula del tiempo. Los arquitectos y la escultora Romina Bardone, gerente del estudio, encontraron una lata de metal, como las que se usaban para el té, decorada con chinescos y atada como un paquete con cables de luz, de los forrados en tela. Adentro de la lata había una hoja del diario *La Prensa* de principios de agosto de 1908, una hoja del diario de Innsbruck, ciudad natal de Voegele, cuatro monedas de cobre argentinas de entre 1880 y 1890, un frasco esmerilado y, adentro, un sobre con la leyenda "Yo saludo a quien encuentre estos escritos". Los profesionales abrieron el sobre y encontraron esta carta: "Estas estatuas fueron hechas por el escultor Antonio Voegele, natural de Innsbruck, capital de la provincia de Austria, que llegó hace 26 años a la edad de 22 a Buenos Aires. El arquitecto de esta obra fue el Señor Don Ernesto Sackmann.

La colocación y modelaje fue hecho y dirigido por el Señor Don José Laranglía, natural de Ingone provincia de Milán. Este señor trabajó desde los 22 años en el taller y es entendido en 10 por ciento de la ganancia.

Lo mismo trabajó en la......... el Señor Carlo Cerviño natural de la Lombardía (Italia). El capataz de la obra fue el Señor Don Juan Puntel natural de Veneto.

La obra fue pagada por el Señor Don Santos Unzué y Señora.

Cada estatua costó $1500 que es el equivalente de 650 pesos oro de moneda de libras esterlinas.

Deseo que Dios y San Francisco protejan esta obra y le den una larga existencia.

Antonio Voegele"

El último deseo del escultor no se cumplió. Inspeccionada de cerca, su obra mostraba un estado alarmante, con grandes compromisos estructurales y de sus sostenes. Por algo fue que los profesionales intervinientes aseguraron las figuras y las salientes con cables y tensores como primer paso de la intervención.

El patrimonio de la avenida Alvear

POR FERNANDO G. FERREYRA *

La Legislatura porteña aprobó este mes un proyecto para declarar Area de Protección Histórica a la avenida Alvear. Buenos Aires ha sido una de las pocas ciudades latinoamericanas que destruyó casi por completo su patrimonio arquitectónico. Se demolió el Fuerte, la Recova, la jabonería de Vieytes, las quintas de Flores, Belgrano y Recoleta. La lista es larga, la destrucción no se limita al período colonial y las pérdidas incluyen hasta el pabellón de estilo moderno en la Rural diseñado por el gran arquitecto Amancio Williams.

Con este paso dado por la Legislatura se protegerán en la avenida Alvear antiguas casonas de estilo ecléctico de comienzos del siglo XX y una, el palacio Maguire, de fines del siglo XIX. La avenida nace en la plaza Intendente Alvear y culmina en la plaza Carlos Pellegrini, en la que se destacan espléndidos palacios. Antiguamente esta calle se llamaba Bella Vista y era un pequeño pasaje que aparece en el plano de Barrientos de 1772. Rosas se mandó a abrir un camino por el Bajo hacia su quinta en Palermo, con lo que la antigua avenida Alvear iba desde la plaza Pellegrini hasta la avenida Dorrego. Luego, este tramo y su prolongación hasta Retiro pasaron a llamarse Avenida del Libertador.

Con la fiebre amarilla en 1871, las familias acaudaladas de la zona sur se mudaron a Recoleta, donde reemplazaron las antiguas quintas de estilo barroco español por residencias en altura de estilo académico francés, popularmente llamados palacios, por su amplitud y sus finos detalles arquitectónicos externos e internos. La primera casona de estas características fue el palacio Dose Armstrong, en Alvear y Schiaffino, un espléndido palacete de tres pisos, obra de los arquitectos Dunant y Paquín, demolido en 1938. La manzana siguiente perteneció a la familia Cazón y en su vieja casona funcionó la Escuela Naval hacia 1880. Entrado el siglo XX se construyó ahí el Hotel Alvear, fiel reflejo de la Belle Epoque, diseñado por los arquitectos Brodsky y Pirovano.

En la cuadra comprendida entre Callao y Rodríguez Peña se construyeron y demolieron varias casonas. Hacia 1930, el arquitecto Bustillo construyó un edificio de varios pisos, de estilo académico, hoy sede de la Casa de las Academias. Entre Quintana, Rodríguez Peña, Alvear y Libertad, donde estuvo la quinta de Los Olivos, hacia fines del siglo XIX se construyó el palacio Maguire –Alvear esquina Rodríguez Peña– y al lado dos mansiones que en pocos años se demolieron para dar paso a los palacios Duhau y Arilaos de Olmos. Esta cuadra es una de las pocas que se conservaron en su totalidad en la ciudad como representante de ese período de la arquitectura.

Llegando al final hay un espacio urbano de estilo europeo que cierra la avenida con palacios alrededor de la pequeña plaza. La Embajada de Francia –palacio Ortiz Basualdo– y la casona de la familia Atucha permiten un cierre perfecto, formando una barrera arquitectónica espléndida, impidiendo que la avenida 9 de Julio invada este sector de la ciudad. Al conjunto lo completan la Embajada de Brasil, antes palacio Pereda, y el Jockey Club, ex palacio Unzué de Cáceres.

** Arquitecto, presidente de la Junta de Estudios Históricos del Pilar.*